

te, cuyo homenaje rehusaba. En efecto, por la noche, en el cuarto de Madama, le suplicó en secreto, que la mañana siguiente pasase al suyo, despues de las doce. Benserade, transportado de gozo al obtener una cita que no se habia atrevido á pedir, esperaba la hora con una impaciencia inexplicable: llegó, y voló al cuarto de la Duquesa. La halló sola: entra, y se le presenta poniendo una rodilla en tierra. Ella creyendo que le daba las gracias por tal confianza, se sonrió á vista de una demostracion exagerada de reconocimiento. Yo queria, le dice, consultaros la respuesta que debo dar á una carta que he recibido: tengo necesidad de un consejo paternal, y éste espero de vos. Al oír estas palabras Benserade, quedó helado; se levantó, y tomó asiento. Entonces la Duquesa, no queriendo descubrir el billete del Rey, se lo leyó con voz clara. Benserade conoció desde la primera línea una obra cuasi suya. Como él era menos amante que cortesano, se consoló prontamente, meditando el pártido que podría sacar de esta doble confidencia. Cuando la Duquesa acabó su lectura, con una voz baja y trémula, exclamó Benserade: ah! yo adivino vuestro secreto enteramente; solo el Rey puede tener tanto talento. La

Duquesa negó con debilidad; pero luego convino en ello (1). Benserade tuvo mucha dificultad en componer una carta al gusto de la Duquesa; porque esta encontraba siempre equívocas las expresiones. En fin, cierto de que la carta no contendría la última palabra de esta correspondencia, se decidió á dictar la respuesta mas altiva y mas rigorosa. Quedando sola la Duquesa, leyó muchas veces esta respuesta, y en el fondo de su alma hallaba, que el tono era sumamente seco y muy duro: se resolvió á no mandar una contestacion que otro habia dictado. ¡Un artificio no es siempre punible, cualquiera que sea la causa que lo motive? Esta sola reflexion, tan propia de su carácter, la habria decidido independientemente de la causa secreta que ella no se atrevia á confesar. Escribió otra carta, y la mandó á Benserade, que se habia encargado de hacerla llegar á manos del Rey. Benserade se hizo confidente de la Duquesa; obtuvo con facilidad toda la confianza del Rey, quien se dejó guiar enteramente por él. No tuvo inconveniente en persuadirle, que no obtendria jamás una respuesta favorable por escrito; mas no se esperaba que la Duquesa consintiese en una cita. Le prome-

(1) Todos estos pasages son históricos.

tió al Rey ganar á la Señorita de Artigni, cuya habitacion comunicaba á la de la Duquesa. Las habitaciones de las camaristas estaban situadas en la parte mas elevada del castillo; pero era posible llegar por los emplomados; mas de esta manera no se podia entrar, sino por las ventanas que caían sobre una especie de terraplén. Conviniéron en que la Señorita de Artigni abriera su ventana, y que de su cuarto pasaria Luis al de la Duquesa. La negociacion de Benserade tuvo todo el suceso que él habia anunciado. La Señorita de Artigni era ambiciosa, y cuando esta passion no se reprime por principios religiosos, dá, según las circunstancias, el atrevimiento, la audacia, ó la bajeza y dobléz que pueden conducir al fin que se desea. Aquella misma noche, á las doce, el Rey lleno de inquietud y agitacion, escaló los emplomados, llegó al terraplén, halló la ventana abierta, entró al cuarto de la víl de Artigni, y ella le condujo hasta la puerta del cuarto de la Duquesa (1). Esta, que aun no haria un cuarto de hora que acababa de entrar, estaba sentada en una silla de brazos leyendo la carta del Rey: oyó abrir la puerta, volvió la

(1) Hecho histórico.

cabeza, vió que era el Rey: dá un grito, se levanta, y vuelve á caer en su silla casi desmayada. Luis se pone á sus pies, reconoce su carta, vé que se ocupa de él, se enternece, y procura infundirle confianza, protestandole, que sus sentimientos son tan puros como apasionados. La Duquesa no responde desde luego, sino por un torrente de lágrimas, y despues reprueba al Rey una temeridad que puede deshonorarla: él la promete que nada se sabria, y le dá su palabra de que en lo sucesivo no dará paso alguno sin su consentimiento: en fin, le pregunta sobre los sentimientos que él inspira: se le rehúsa con firmeza la confesion que solicita; y entonces declara, que oyó toda la conversacion del bosque. La Duquesa oculta su rostro con las manos, y vuelven á correr sus lágrimas. Luis le muestra tanto respeto y delicadeza, que consigue calmarla un poco. En este momento la Señorita de Artigni avisó, que ya empezaba á amanecer; y el Rey se fué.

Al dia siguiente por la mañana, la Duquesa de Navailles, camarera mayor, supo en el acto de levantarse, que á media noche habia andado un hombre sobre el terraplén de las habitaciones de las Señoritas de Artigni y la Va-

liere: al momento mandó buscar un herrero, é hizo sin dilacion echar rejas á ambas ventanas. Madama de Navailles habia sido siempre de costumbres austéras; pero, orgullosa de su buena reputacion, tenia en esto tanto amor propio, que hacia de la virtud una especie de oficio: queria sacar de su buen nombre una consideracion personal, que no pudiese compararse á otra alguna; y aunque su conducta estaba de acuerdo con sus principios, y no era posible acusarla de hipócrita, podia con justicia reprocharsele exageracion en su manejo, y gusto por las escenas ruidosas. No habia consultado en su juventud sino á su religion y á su conciencia, y el fruto que de esto recogia, quitaba á sus acciones un gran mérito: ella obraba solo para los espectadores. Vanidad cuasi inevitable, cuando uno se encuentra colocado sobre el mas brillante teatro. Así es como la virtud en la córte, sin desmentirse, pierde comunmente sus objetos, olvida su fin, es un papel cómico, y muy continuamente un cálculo de ambicion.

La Duquesa quedó espantada, viendo poner rejas á sus ventanas, y las de su compañera: conocia muy bien que las sospechas caian sobre ella; porque el ningun mérito de la Señorita de Artigni, aseguraba su reputacion en esta mate-

ria. Entregada á la desesperacion, escribió á Benserade, pintandole su dolor; este corrió al Rey, dió cuenta del suceso; y Luis, sin perder momento, ordenó á la Duquesa de Navailles hiciese poner inmediatamente rejas á todas las ventanas de las camaristas, sin excepcion, prohibiendole publicar que él habia dado esta orden (1). Era preciso obedecer. La Duquesa de Navailles se consoló, por el ruido prodigioso que causaria esta especie de ejecucion, honrando siempre su vigilancia y rigidéz, y aun con mas publicidad; pero esta precaucion que salvaba el honor de la Duquesa, era causa de ultrajantes sospechas en todas sus compañeras: ella oye sus quejas, ve correr sus lágrimas, y se reconoce culpable de sus penas, y de la injusticia que sufrían se afligió en extremo. Para distraer la córte de este acontecimiento, que era el objeto de todas las conversaciones, anunció el Rey que daría una fiesta á Madama aquella misma noche en los jardines, despues de cenar.

Madama, con toda su córte, se presentó á las once en el parque: el Rey la condujo al bosquecillo donde habia escuchado la conversacion

(1) Hecho histórico.

nocturna de la Duquesa con sus compañeras. Prevenida en secreto por Benserade, no podia ignorar, que ella sola era el objeto de la fiesta, y debia haberlo adivinado entrando al bosquecillo: este estaba magníficamente iluminado, y decorado con guirnaldas de lis; flores raras en aquella estacion. Al momento recordó, sonrosandose, la rama de lis que imprudentemente habia elegido en el bosque de Vincennes. Las Gracias estaban sentadas en sillas de céspedes, que parecia se hablaban mutuamente: á su lado se veía una soberbia decoracion, representando un misterioso templo, sin inscripcion ni atributos: las Gracias se levantaron, y ofrecieron á la Princesa y todas las damas ramos de lis; entonces se abrió una de las puertas del templo, salió una voz melodiosa, y cantó los versos siguientes:

Quedad mirto, á los amantes,
que mi amor no tiene par:
nuevo emblema ha de explicar
sentimientos semejantes.

Los que á la esperanza oblais
incienso, ó votos penosos,
sin ella sereis dichosos
si á la inocencia adorais.

¡O noble flor, lis brillante,
gefe de obras de natura;
de una alma cándida y pura
símbolo amable y tocante!

La beldad misma aumentarás
de ese luciente frescor,
atributo del pudor,
si lo que yo amo adornarás (*).

Madama elogió mucho estas coplas, que creyó compuestas para ella; y durante la fiesta tuvo extrema alegría, pues su vanidad jamás habia sido tan completamente satisfecha: un triunfo imaginario ó real, no habrá causado en el mundo igual desvanecimiento. Entretanto que ella se envanecia por error, el verdadero objeto de la fiesta solo procuraba confundirse con la multitud, y temblaba de pensar en que se descubriese la verdad: enternecida, confusa é inquieta, recibia con profunda sensibilidad estos homenajes ingeniosos y delicados; al mismo tiempo

(*) NOTA DEL TRADUCTOR.—Por ligarse no solo al concepto, sino á las expresiones mismas del original francés, no puede hacerse una buena traduccion en verso castellano, á menos que sea libre, adoptando solo el pensamiento del original, aunque ceñido á objeto determinado, como la flor de lis y la inocencia, asunto del elogio.

se reprendia su gratitud, conocia bien el peligro, y se estremecia viéndose rodeada de tantos observadores perspicaces y curiosos, á quienes seria fácil penetrar su secreto.

Cuando se halló sola en su aposento, entregada á una séria meditacion, recordaba con espanto lo que habia acaecido en el término de ocho dias: es preciso huir, exclamaba! sí, es preciso!..... Estoy circundada de seductores, recibiendo perniciosos consejos: yo debo alejarme de esta peligrosa mansion; al menos por algun tiempo, á fin de recogerme, calmarme, si es posible, y reflexionar maduramente en mi situacion.

La mariscala de Bellefonds, que estaba en S. German, pasó á París, y la Duquesa obtuvo permiso de Madama para acompañarla quince dias. Luis, admirado de los cortesanos, era amado de los Parisienses; y debia serlo. En el año de 1662 que hubo mucha escasez, dió pan al pueblo, haciendo venir una enorme cantidad de granos, que se repartió gratuitamente á las familias pobres, en la puerta misma de palacio (1). Remitió tres millones de contribucion. Habia adquirido á Dunkerque; restablecido la hacienda;

(1) Véase el siglo de Luis XIV.

calmado los espíritus; destruido todas las facciones; mostrando tanta clemencia como firmeza: su gobierno era respetado de los extranjeros, y tranquilo entre sus vasallos: en fin, todos sus pasos, desde que tomó las riendas del estado, habian sido útiles, nobles y benéficos. La Duquesa, lejos de encontrar en París las distracciones que buscaba, era perseguida por la memoria misma que queria desterrar de su imaginacion (1). El retrato mas parecido del Rey estaba colocado en la sala de la Mariscala: ella encontraba esta imágen querida bajo todas las formas en los monumentos públicos, en las plazas, en las tiendas, y hasta en el sello de la moneda se le ofrecia este recuerdo cada dia: la escultura, la pintura, el grabado, todas las artes se disputaban la gloria de multiplicarla: el nombre de Luis resonaba incesantemente en sus oídos, estaba escrito en todos los libros (2), y repetido por todas partes. En las conversaciones se hablaba del Rey, siempre con entusiasmo: aun en los espectáculos se oía su elogio, y se veía al pueblo mas amable del universo aplaudir los ver-

(1) Lo que se apodera del corazon y el entendimiento, no permite distracciones.—*El Traductor.*

(2) La aprobacion que los concluye.

sos que celebraban un Soberano adorado, transportandose de gozo, y formando alusiones lisonjeras para el Rey. ¿Adonde huir? ¿Cómo olvidarle? En el santuario mismo no podia ser: allí se oraba por él, se hacian públicos votos por su felicidad y por su gloria!... Todo este concierto de amor y alabanzas, era mas puro en París que en la corte; porque era menos sospechoso. A los reyes se adula en su presencia; pero fuera del recinto de sus palacios se pronuncia la verdad. Cuando, lejos de ellos, todo el pueblo se reune á bendecirlos, y se llena de orgullo en tenerlos por señores, estas aclamaciones son el brillante grito de una justa fama. Obtener tales homenajes, es merecerlos. Un Rey sabe reinar, cuando sabe ganarse los corazones; y su verdadera gloria es ser amado.

La Duquesa, nunca mas turbada, escribió á su amiga la condesa de Themine, sin desenvolverle el secreto de su corazon: le decia, que padecia muchísimo, que se hallaba en la situacion mas peligrosa, que tenia necesidad de consejos, y la suplicaba encarecidamente viniese á su socorro. Un poco tranquila con este paso, le affigió menos su suerte, reflexionando, que la habia puesto en manos de una amiga tan fiel; por-

que estaba decidida á dejarse guiar por ella.

Sin embargo, Benserade, enviado por el Rey, vino á instar á la Duquesa para que volviese á la corte: alabó la delicadeza y puros sentimientos del Rey. Ah! dijo ella suspirando, tengo pocas luces; pero la religion me enseña, que esa pureza de que me hablais, es incompatible con una pasion adúltera....—El no ha podido resistirla.—Pero podia ocultarmela.—Quiere sacrificarla á vuestro reposo.—¿Os lo ha dicho?—Quiere, sin consentir en ello, tratar de vuestro establecimiento.—El Rey!....—Sí. Se sabe que el duque de Longueville os ama; el Rey quiere proponeroslo para esposo.—No le aceptaré: mi madre proyectó otra alianza; no he tomado empeño alguno en ella; pero si me decidiese á sacrificar mi libertad, preferiria el esposo que mis padres habian elegido.... La Duquesa dió esta respuesta con un aire de sequedad que no le era natural, cuya observacion no se escapó á Benserade; pero, fingiendo no observar la ligera mudanza de pesar y despecho que asomaba en su fisonomia, continuó instandola, que volviese á S. German; y consiguió le prometiese verificarlo dentro de pocos dias. No era artificio la propuesta del casamiento: el Rey, en efec-

to, despues de su entrevista con la Duquesa, concibió tanta estimacion y admiracion hácia ella, que de muy buena fé formó el virtuoso desig-
nio de respetar sus principios, é inmolarle su amor y tranquilidad. Esta resolucion habia desde luego tocado el corazon de la Duquesa; pero reflexionandola, conocia cuanto honraba semejante proyecto al carácter de su autor: creyó no debia temer ya, á quien tenia tanto derecho á su estimacion y reconocimiento (1). Esta seguridad, que no habia consentido hasta entonces, acabó de perderla. De vuelta á S. German, veía al Rey con mas ternura y gozo, que emocion; ella no le temia ya: habia estado siempre menos alerta de sus propios sentimientos que de los que inspiraba. El amor, en el corazon de una muger pura y virtuosa, no excita aquellos movimientos impetuosos, que produce una imaginacion desarreglada; no se apodera del alma con violencia; se insinúa en ella, no inflama; penetra: es tan tímido y tan oculto, que se confunde con la calma: es tan generoso, que se asemeja á la amistad: no brilla, pero arrastra.

Llegando la Duquesa á S. German, cambió

(1) ¡O astucias del amor, y ceguedad del corazon humano!—*El Traductor.*

de habitacion, le dieron una que se habia desocupado, mas inmediata á la de Madama: tenia esta una antecámara inhabitada y cuasi ruinoso, cuyas paredes llenas de aberturas, dejaban entrever lo interior de una especie de galeria, que servia de paso á la familia real para el cuarto de Madama. El Rey, por medio de Benserade, pidió á la Duquesa le permitiera hablarle (1) por cualquiera de las hendiduras: ella no vaciló en consentir: se creeria culpable de la mas negra ingratitud, manifestando la menor desconfianza. Para autorizar nuestra imprudencia (2), encontramos siempre pretextos ingeniosos; y á fin de faltar á los verdaderos deberes, nos los formamos imaginarios: cuando somos incapaces de engañar á otros, nos engañamos á nosotros mismos: una especie de dobléz se mezcla siempre á las pasiones; la franqueza y la rectitud inalterables, solo son propias de la virtud.

A fin de evitar toda sorpresa, se fijó la cita para el romper el dia. El Rey habló de una manera tan noble, tan tierna, como sincera: renovó la pro-

(1) Hecho histórico.

(2) Hasta concluir este párrafo se verá un retrato del corazon humano en cuatro palabras.—*El Traductor.*

puesta de matrimonio con el duque de Longueville. La Duquesa lo rehusó abiertamente: el Rey no insistió, y empezó á hablar de su esperanza y sus sentimientos. Le escuchó gimiendo; pero tuvo la debilidad de prometerle volveria al mismo sitio los dias siguientes. No sin remordimientos concedió la Duquesa estas nuevas citas: faltaban ya pretextos que las escudasen, pues no se trataba de proyectos de enlace; pero el Rey mostraba sentimientos tan generosos, y un respeto tan obligante: hablaba tan bien de la virtud, ¡como resolverse á herirlo, á afligirlo mortalmente....? Dos veces se vieron despues de esta manera el Rey y la Duquesa; pero habiendo percibido las hendiduras de la muralla la vigilante Duquesa de Navailles, hizo taparlas al momento á los albañiles. S. M. expresó el mas vivo dolor en muchos villetes: pedia á la Duquesa lo admitiese en su cuarto; mas esta se negó con firmeza: con este motivo frecuentó el Rey mucho el cuarto de Madama, y se hizo notable. S. M. se conducia con tal prudencia hácia la que amaba, y con una galanteria tan amable por Madama, que las personas mas espirituales de la córte, que componian esta sociedad, no tenian el menor motivo de sospechar sus ver-

daderos sentimientos; pero se apercibieron de los de la Duquesa. El Duque de Longueville, jóven amable, virtuoso, y dueño de una gran fortuna, estaba sumamente apasionado de la Duquesa, y ella rehusaba un partido tan brillante: esto sorprendió á todo el mundo, les hizo abrir los ojos; porque no era difícil leer en su corazon sin artificio; y el conde de Guiche fué el primero que tuvo sospecha: esta dió lugar á críticas y burlescas conversaciones sobre aquella pasion de novela; pero Madama creía ciertamente, que el Rey no corresponderia, y manifestaba compadecerse de la Duquesa. En efecto, le tiene lástima, decia el conde de Guiche; porque ella la condena al tormento de una desgraciada pasion: el Rey no verá jamás sino el objeto que obscurece todos los demás. Madama escuchaba estos lisongeros discursos con complacencia: aseguraba sonriendose, que el Rey solo era un buen amigo suyo; pero soportaba sin trabajo, que se le contradijera sobre este punto. La Duquesa tenia suficiente talento, para que se le ocultase á qué exceso llegaba la lisonja de Madama, por los sentimientos que se suponian al Rey, y así era fácil que previese lo extremado de su despecho, cuando se desengañase.

Esta idea causaba á la Duquesa un temor insuperable: presentia todo lo que la haria sufrir el orgullo irritado. Un frívolo incidente acabó de traicionarla, y descubrir enteramente su modo de pensar. Una noche, en el cuarto de Madama, presente el Rey, despues de haber hablado de un romance de la Señorita Scuderi, convinieron en dar á todos los que componian la sociedad, segun sus caractéres, los nombres de los personajes de esta obra. Madama, como era regular, recibió el nombre de la principal heroína; la condesa de Soissons, su amiga, tomó el de la confidenta; se acordó que el Rey solamente debia conservar el nombre que inmortalizaba: cada uno eligió el suyo, sacandole de los del romance, y prometiendo sustituirle á su nombre verdadero, y firmarse con él en lo sucesivo, siempre que escribiese billetes de aquella sociedad: olvidaron á la Duquesa en esta distribucion; y el marqués de Vardes que lo notó, en el acto le propuso el nombre de una Princesa jóven, insípida, de quien nadie habia tenido cuidado: la Duquesa respondió ingenuamente, que ella tenia su nombre de bautismo, y no queria otro absolutamente. Se le pregunta ¿cuales? y esta pregunta tan sencilla pareció confun-

dirla: una rápida reflexion causaba esta perplexidad.... Madama, admirada de su turbacion, reiteró la pregunta: la Duquesa conoció cuan ridiculo era titubear tanto para responder, y esta idea creció su agitacion. Las personas tímidas y sensibles, jamás tienen presencia de espíritu; porque cuando el embarazo en que se hallan llega al extremo, las hace caer en el desaliento. Ella se sonrosaba, se ponía pálida, bajaba los ojos llenos de lágrimas, y no tenia valor para articular este nombre terrible. El Rey trató de variar la conversacion; pero insistiendo Madama con una especie de autoridad, obligó á la Duquesa á resignarse: se sometió, y con una voz trémula y una sinceridad encantadora, dijo, que se llamaba Luisa.... A esta palabra se levantó en el círculo un pequeño murmullo burlesco. Madama se sonrió con un aire de lástima, asegurando, que no habia intentado confundir á la Duquesa. Yo lo creo, replicó el Rey; porque se necesita mucha crueldad para formar designo de intimidar tanta ingenuidad, tanta dulzura y modestia. Estas expresiones, pronunciadas con tono severo, y una agitacion visible, causó tal sorpresa, que súbitamente se mudaron todos los semblantes, desaparecieron las sonrisas maliciosas, cada uno to-